

# ÁFRICA, EL CONTINENTE MALTRATADO

## Guerra, expolio e intervención internacional en el África negra

Oscar Mateos Martín

- 1.- INTRODUCCIÓN
- 2.- LAS RAÍCES DEL CONTINENTE: ESCLAVITUD, COLONIALISMO E INDEPENDENCIA
- 3.- LOS CONFLICTOS ARMADOS CONTEMPORÁNEOS EN ÁFRICA SUBSAHARIANA
- 4.- NUEVO HUMANITARISMO E INTERVENCIÓN INTERNACIONAL EN ÁFRICA
- 5.- CONCLUSIONES

**Oscar Mateos**, es licenciado en Ciencias Políticas por la Universidad Autónoma de Barcelona y miembro del Centro Cristianismo y Justicia. En la actualidad es investigador de la *Escola de Cultura de Pau de la Universitat Autònoma de Barcelona (UAB)*.

El autor quiere agradecer la ayuda del Centre Borja de Sant Cugat (Barcelona); de los investigadores de la Escola de Cultura de Pau de la UAB Josep M<sup>a</sup> Royo, Jordi Urgell y María Villellas; y de Lucas Wainer, por la edición del mapa.

*Nkosi, Sikelele Africa*

(“Dios proteja a África”)

### **Himno negro sudafricano**

*"Podría haber hecho la misma película en Sierra Leona, sólo que en vez de pescado tendríamos que hablar de diamantes; y en Libia, Nigeria o Angola el tema sería el petróleo. La mayoría de nosotros conocemos los mecanismos de destrucción de nuestra época pero no podemos fijar sus contornos. Somos incapaces de... creer lo que sabemos a ciencia cierta. Es increíble, por ejemplo, que dondequiera que se encuentran materias primas, los autóctonos mueren de inanición, sus hijos son reclutados para la milicia y sus hijas con empleadas como sirvientas o prostitutas... Después de cientos de años de esclavitud y colonización de África, la globalización de los mercados africanos supone la más letal de las humillaciones para la población de este continente. La arrogancia de los países ricos hacia el Tercer Mundo, está creando infinitos futuros peligros para todo el planeta. Las personas que participan en un sistema mortal, tomadas una a una, no parecen tener rostros malévolos ni, en su mayoría, malas intenciones. Aquí estamos incluidos todos. Algunos sólo "hacemos nuestro trabajo" (como pilotar un Jumbo con una carga de napalm) algunos no quieren saber, otros simplemente luchan por sobrevivir..."*

HUBERT SAUBER. Director de *La pesadilla de Darwin*, en declaraciones sobre la película.

## INTRODUCCIÓN

---

El presente cuaderno pretende abordar el fenómeno de los conflictos armados en África Subsahariana<sup>1</sup>, por desgracia, el asunto de mayor presencia en nuestra visión sobre este continente. No obstante, lejos de la reincidente y moribunda fotografía del hambre, la guerra y la miseria, así como del clásico estereotipo del africano salvaje, pasivo y dependiente de la caridad internacional, África y las sociedades africanas son ante todo un hervidero de vida, movimiento, capacidad de respuesta e iniciativas, que pasan inadvertidas e invisibles a los ojos de la historia moderna.

Desde esta infame imagen parte hoy el análisis y comprensión de una tierra, además, maltratada por siglos de esclavitud, colonización y rapiña, liderados por el mundo occidental e igualmente aprovechados por una elite africana que, en algunos casos, ha sabido convertir el expolio y la muerte en un auténtico *modus vivendi*.

Sea como fuere, estas páginas no desean tratar toda la realidad del continente africano, extraordinaria e infinitamente compleja. Tenga el lector en claro que hablar de África hoy es hablar de una multiplicidad de culturas, lenguas y etnias que nada tiene que ver con la realidad del Estado-Nación dibujada por el fin del colonialismo a partir de los años sesenta. Pretender esbozar una radiografía completa de esta África negra, además de innumerables páginas, supondría una envalentonada por parte del autor. De este modo, **el cuaderno se centrará en el análisis de los conflictos armados contemporáneos en África Subsahariana, sus causas y consecuencias, las diferentes visiones que sobre éstos existen o el controvertido papel de la comunidad internacional.** Otros libros y artículos ya abordan mejor y en más profundidad la realidad cultural, social, política o económica del continente, aspectos todos ellos que en un futuro podrían ser motivo de un cuaderno de esta colección.

Sin embargo, hablar de guerra en África no tiene nada que ver con el análisis que a menudo esbozan, ingenua o intencionadamente, los medios de comunicación y las instituciones políticas y económicas que hoy rigen el planeta. La violencia armada en el continente africano no es una cuestión de luchas tribales, endémicas, anárquicas y sin sentido, como así se han empeñado en mostrar incluso algunos académicos<sup>2</sup>, que otorgan a esta violencia un carácter primitivo e irracional. Por el contrario, las guerras africanas sólo se pueden entender desde el análisis de un entramado complejo de actores –entre los que se encuentran, señores de la guerra, gobiernos africanos, potencias regionales e internacionales, transnacionales del diamante o del petróleo u organizaciones intergubernamentales, por citar algunos- con intereses políticos y económicos determinados y con la capacidad suficiente para perpetuar situaciones de violencia. La guerra en África, sobre todo tras el fin de la Guerra Fría, ha perdido cualquier componente ideológico y se ha convertido en una forma de vida para los que se saben ‘vencedores’ de este lance. Y digo vencedores, porque si existe un ‘perdedor’ en toda esta contienda es la población civil de los países en guerra, quien no sólo es la principal damnificada por la violencia sino también el objetivo deliberado de las partes que se enfrentan. Por lo tanto, salir de este enmarañado laberinto no será fácil cuando algunos, incluyendo las empresas de las que nosotros también participamos con nuestros hábitos de consumo, extraen rentables beneficios que no están dispuestos a abandonar fácilmente.

Pese a todo, en la búsqueda del sendero de la construcción de la paz existen ya numerosas organizaciones de todo tipo (local, regional e internacional) que contra viento y marea tratan de enviar a esta violencia organizada al más recóndito de los olvidos. Y ello a pesar del escaso apoyo de algunas potencias mundiales y del defraudador papel de Naciones Unidas, que año tras año se ha empeñado en cosechar fracasos respecto a su principal tarea de valedora de la paz y la seguridad mundiales. Los tristes episodios de Somalia y el genocidio de Rwanda no hicieron sino abrir la puerta a otros fiascos como el de la República Democrática del Congo (donde dicho sea de paso, mueren diariamente mil personas como consecuencia de la guerra) o Darfur, donde de nuevo la plantilla internacional ha llegado tarde y despistada.

A la luz de esta realidad, esperemos que este cuaderno contribuya, aunque sólo sea un poco, a la ardua tarea de acabar con la “letanía de manoseados clisés”<sup>33</sup> sobre el continente, así como a configurar el complejo panorama de la cotidianeidad africana, tan olvidada (insisto, ingenua o intencionadamente) como malversada por el así llamado ‘mundo desarrollado’.

*Hasta que los leones tengan sus propios historiadores,  
las historias de caza siempre glorificarán al cazador*

**Proverbio africano (Yoruba, Nigeria)**

## **2.- LAS RAÍCES DEL CONTINENTE: ESCLAVITUD, COLONIALISMO E INDEPENDENCIA.**

---

### **Orígenes y esclavitud**

Casi nunca se recuerda que **África es la cuna de la Humanidad**. Los primeros fósiles homínidos más antiguos fueron hallados en las hoy Tanzania y Etiopía, al este del continente. Desde allí, el hombre emigró hacia el resto del planeta, evolucionando su ser y su cultura de acuerdo con el entorno al que llegaba. Del mismo modo, suele obviarse la compleja y rica historia política que los siglos previos a la colonización albergó esta tierra con el surgimiento de los diferentes **imperios, reinos y estados** (Ghana, Malí, Songhay, Mossi, Bunyoro, Buganda, Rwanda, estados Haussa, entre otros muchos) que marcaron el esplendor de todo el continente. Un esplendor que inició su decadencia a partir del siglo XVII, coincidiendo con la llegada de los primeros europeos.

Dicha presencia tuvo una doble vertiente. En África del Sur (en las actuales Sudáfrica o Zimbabwe) tuvo un carácter de permanencia y colonización, mientras que en el resto del continente, especialmente en África Occidental, los europeos llegaron de forma circunstancial para dedicarse a la actividad comercial y, especialmente, a la salvaje **trata de esclavos**, que durante los dos siguientes siglos conocería su ‘época de oro’. Se estima que durante este tiempo, entre diez y quince millones de africanos fueron sacados a la fuerza de África para ser transportados por barco al continente americano, viaje durante el que otros cien millones de personas perecieron víctimas de las enfermedades, el hambre y los infortunios. A este descalabro humano, cabe sumar también una cantidad semejante, o incluso mayor, que los árabes extrajeron por las costas orientales. El desarrollo de **corrientes antiesclavistas**, que adquirieron una gran fuerza a principios del siglo XIX, fueron determinantes para que en 1815 se decidiera abolir la trata y para que la esclavitud se suprimiera en Inglaterra (1834) y en Francia (1848), así como en el resto de países europeos implicados. Como consecuencia de la abolición, se inició en América el retorno a África de esclavos liberados, tras la que se formaron colonias como la de Freetown (Sierra Leona) o Monrovia (Liberia).

No obstante, Europa no se olvidó de África fácilmente. Las independencias en el continente americano, la crisis de superproducción provocada por la revolución industrial, así como las fuertes rivalidades políticas y militares de la Europa de mitad del XIX, llevaron a ésta a buscar en el continente negro parte del remedio a esa problemática coyuntura. Así fue como a mediados de siglo se produjo una lenta pero progresiva penetración europea hacia el interior mediante exploraciones que ya no buscaban sólo quedarse en los enclaves costeros sino que pretendían ocupar determinadas zonas del continente y que tenían una clara connotación política. En esta “carrera por África” librada por algunas potencias europeas, algunos exploradores ya lograron firmar tratados de protección en nombre de los países que representaban con los reyes y jefes autóctonos en cuestión.

## La colonización de África

Los conflictos surgidos por esta competición llevaron a la **Conferencia de Berlín** (1884-1885), que aun convocada bajo pretextos humanitarios y antiesclavistas, supuso el reparto *de facto* de casi todo el continente entre las naciones participantes. De este modo, Francia se quedó en África occidental y ecuatorial; Inglaterra se asentó en numerosas partes, excepto en la franja central; Alemania, que había llegado tarde a la carrera colonial, trató de recuperar el tiempo perdido instalándose también en varias zonas; Bélgica se quedó con el Congo (actualmente la República Democrática del Congo); Portugal amplió sus tradicionales enclaves de Guinea-Bissau, Angola y Mozambique con la obtención del archipiélago de Cabo Verde y las islas de Santo Tomé y Príncipe; Italia se introdujo en Somalia y Eritrea; mientras que España se quedó con la hoy Guinea Ecuatorial, tras la firma de un tratado con Portugal. En todo el continente negro sólo se respetó la independencia de Liberia (que dependía de EEUU) y de Etiopía.

Este panorama propició no sólo que la **Primera Guerra Mundial** (1914-1918) se librara también en África, sino que además fueran enviados a luchar a Europa centenares de miles de africanos (se estima que ese número rozó los 200.000 sólo en 1918). Igualmente, tras el fin de la Gran Guerra, Alemania perdió todo su imperio colonial africano, reconfigurándose así el mapa colonial del continente<sup>4</sup>. Durante la **época de entreguerras**, el sistema colonial logró consolidarse, rompiendo los moldes tradicionales y provocando un profundo cambio en las mentalidades africanas al vaciarles de toda identidad y autoestima: “*en el África colonial la palabra civilización estaba reservada exclusivamente a los comportamientos de los blancos, por muy crueles que fueran*”<sup>5</sup>. Además, la colonización también marcó enormemente el desarrollo posterior de las independencias, ya que los países fueron orientados al monocultivo o la monoproducción, descuidando los productos alimentarios y condenándoles a la dependencia tras la caída estrepitosa del precio de las materias primas; se favoreció a la ciudad y se olvidó el campo; o se primó el carácter radial de las comunicaciones, dejando a muchas zonas en la marginación más absoluta<sup>6</sup>.

El paso de la **Segunda Guerra Mundial**, sin embargo, dejó tintes muy distintos. En primer lugar, el continente africano albergó algunas campañas bélicas sólo de forma efímera y ocasional. En segundo lugar, la guerra fue determinante en el cambio de mentalidad con respecto al dominio colonial, con la gestación de una elite más formada, reivindicativa y de base nacionalista que tomaba cuerpo con el llamado movimiento panafricanista en el que destacaron algunas figuras que años después se convertirían en líderes de la independencia: Nkrumah (Ghana), Kenyatta (Kenia), Awolowo y Azikiwe (Nigeria), Abrahams (Sudáfrica), Wallace-Johnson (Sierra Leona), Banda (Malawi), Touré (Guinea), Kaunda (Zambia) o Lumumba (RD Congo). En tercer lugar, el nuevo orden mundial pasaba a ser liderado por dos potencias, la Unión Soviética y EEUU, profundamente anticolonialistas. La primera porque consideraba que el colonialismo era consecuencia del capitalismo; la segunda porque pretendía la emancipación del mundo colonial para que las relaciones internacionales y los derechos al libre comercio se extendieran por igual a todos los pueblos.

## Descolonización e independencia

Con el caldo de cultivo forjado tras la Segunda Guerra Mundial, los años posteriores sirvieron para apuntalar el proceso de las independencias que daría comienzo a finales de los años cincuenta. Los principales canales de esta corriente liberadora fueron: 1) *Naciones Unidas* y, sobre todo, su Asamblea General, que fue considerada por sus miembros como un foro útil en el que exigir y proclamar la liquidación de los imperios coloniales europeos mediante el famoso “*principio de la libre de determinación de los pueblos*”, reconocido en varios artículos de la Carta de Naciones Unidas<sup>7</sup>; 2) los *movimientos anticoloniales o independentistas*, liderados por unas elites ‘occidentalizadas’, que bebían de ideologías como el panafricanismo o la negritud y que lograron una amplia coordinación y la unificación, a pesar de sus diferencias, de un mismo mensaje; y 3) las *conferencias afroasiáticas*, especialmente la que tuvo lugar en Bandung en abril de 1955, que congregó a 29 delegaciones de países de los dos continentes, convirtiéndose en una plataforma para la toma de conciencia de los pueblos que habían sido sometidos y que ahora exigían el fin de la dominación colonial.

Mientras, en Europa era cada vez más difícil ignorar las demandas de liberación nacional que además de hacerse con “lenguaje occidental” se enmarcaban en un contexto de creciente pérdida de legitimidad e incluso de hostilidad hacia la realidad colonial. De este modo, la **primera independencia subsahariana** fue la de Ghana, en 1957, bajo el liderazgo de Kwame Nkrumah. A Ghana le siguió Guinea (1958), mientras que 1960 se convertía en el año de la descolonización africana con la independencia de una docena más de países. La retirada de los europeos se dio habitualmente en un ambiente de compromiso, reflejado en la ceremonia formal de traspaso de poderes, entre la antigua metrópoli y las nuevas elites gobernantes que, en términos generales, representaban aquellos proyectos menos radicales y más continuistas con la colonia. Este nacionalismo, sin embargo, aspiraba a hacerse con el aparato administrativo colonial y africanizarlo para configurar un estado reconocido internacionalmente. Sus intereses se fundamentaban en el mantenimiento de la estructura social y económica creada durante las décadas coloniales, frustrándose así las demandas de base popular que aspiraban a una mayor democratización de la política africana<sup>8</sup>.

Sea como fuere, lo cierto es que la formación de estados en África padeció desde su inicio una considerable falta de legitimidad, así como la ausencia de un consenso social sobre sus fines y valores. Y lo que es más importante para poder entender las relaciones de poder político y económico venideras: se vinculó a la población a través de redes clientelares, en las que los intermediarios étnicos conectaban a las elites en el centro político con el resto del sistema en un proceso continuo de intercambios políticos. Se expulsó a los europeos, pero se asumió un modelo despótico de Gobierno y se mantuvo la dependencia económica internacional<sup>9</sup>.

Aunque son legión los análisis que se han hecho del legado colonial en África y su impacto en el desarrollo futuro, la mayoría de autores coinciden en destacar dos aspectos. Por un lado, la colonización africana sirvió para el despegue económico del Norte, a expensas de la desgracia ajena; por otro, la colonización introdujo pérfidamente la división tribal, creando de hecho las identidades que hoy se confrontan en el marco de Estados incapaces de absorber esas divergencias. Llevó al paroxismo las diferencias y aprovechó la primacía del nuevo estado para marginar a unos grupos en beneficio particular de quienes poseían el monopolio de la administración moderna y sus recursos.

En definitiva, y en palabras del académico nigeriano A. O. Ikelegbe, el colonialismo se convirtió en “*el hacha que desarraigó la tradición africana, dejando a la población a la deriva, con escasas posibilidades de extraer experiencias del pasado*”<sup>10</sup>.

### **3.- LOS CONFLICTOS ARMADOS CONTEMPORÁNEOS EN ÁFRICA SUBSAHARIANA.**

---

#### **3.1.- El “telón de seda”: la antesala de las guerras africanas de los noventa**

Lejos de lograr una emancipación real, África se convirtió durante la época de Guerra Fría en uno de los principales escenarios en los que EEUU y la Unión Soviética se disputaron la hegemonía del orden constituido tras la Segunda Guerra Mundial, eso sí, “*utilizando los cuerpos africanos como carne de cañón*”<sup>11</sup>. Guerras cruentas como las de Angola o Mozambique, por poner algunos ejemplos, cabe encuadrarlas en un contexto de internacionalización de la violencia en el que los diferentes actores africanos se convirtieron en meros (aunque también interesados) títeres de las ansias y pretensiones de Washington y Moscú. Un informe gubernamental estadounidense, donde se evaluaba el potencial que representaba África para EEUU en 1963, declaraba lo siguiente: “*Consideramos que África es probablemente el mayor campo de maniobras abierto en la competencia mundial entre el bloque comunista y el mundo no comunista. (...) proponemos encaminar nuestros esfuerzos a favorecer a los líderes dinámicos y progresistas que sean razonablemente amistosos*”<sup>12</sup>. Aún siendo perentorio cuestionarse lo que por “dinámicos y progresistas” entendía dicho informe, la lógica de los años de Guerra Fría es más que evidente, sin desmerecer la importante responsabilidad que también tuvieron las élites africanas.

#### **Las “Guerras Calientes”**

**Angola** sufrió tras su independencia en 1975 (y después de catorce años de enfrentamiento contra Portugal) el inicio de una guerra configurada por dos bandos: por una parte, el gubernamental Movimiento Para la Liberación de Angola (MPLA), de José Eduardo Dos Santos, obtuvo el apoyo incondicional de la Unión Soviética e incluso de 60.000 soldados cubanos; por otra parte, la Unión Nacional para la Independencia Total de Angola (UNITA), liderado por Jonas Savimbi, fue respaldada directamente por EEUU y por el régimen sudafricano del apartheid. En **Mozambique**, el también socialista y en el poder Frente de Liberación Mozambiqueño (FRELIMO) estuvo apadrinado por el bloque comunista, mientras que la guerrilla de la RENAMO (Resistencia Nacional Mozambiqueña) recibía cuantiosas sumas de dinero y de apoyo militar procedentes de EEUU y Sudáfrica. De igual modo, crueles dictaduras como las del legendario Mobutu Sese Seko en el **Zaire** o el régimen del apartheid en **Sudáfrica** fueron bendecidas y respaldadas desde su inicio por la Casa Blanca, mientras que otros regímenes despóticos como el de la **Etiopía** de Mengistu fueron abrazados por el Kremlin.

Algunos autores afirman que la Guerra Fría fomentó el clientelismo de los estados africanos con respecto a las potencias occidentales, principalmente hacia EEUU, y en

menor medida hacia los países del bloque del Este. La contrapartida a la gran influencia a la que estaban sometidas las elites africanas durante esta época fue “*su importante capacidad de negociación, de regateo, de hacer pagar muy caro, en términos de ayuda, de apoyo o de cerrar los ojos ante la corrupción o violación sistemática de los Derechos Humanos, su alineamiento con uno u otro bloque*”<sup>13</sup>.

Este privilegiado papel concedido a las elites africanas consolidó tras el proceso de independencias el desarrollo de un estado neopatrimonial, es decir, una realidad en la que el derecho a gobernar descansa casi exclusivamente en una persona, y en la que las posiciones en la administración del estado son utilizadas para conseguir beneficios económicos de todo tipo para el dirigente y para sus redes de patronazgo: “*la autoridad se mantiene, no tanto gracias a concepciones ideológicas compartidas o al respeto de la ley, sino por medio de esas redes clientelares que atraviesan toda la administración*”<sup>14</sup>.

### **3.2.- El colapso de los estados postcoloniales africanos**

El final de la Guerra Fría tuvo fuertes repercusiones para los países africanos, que iniciarán una fase de cambios profundos fundamentada en el fracaso de la consolidación del estado poscolonial. A partir de este momento, más de una treintena de países africanos se vieron inmersos en una auténtica ‘ola democratizadora’ que transcurrió de forma pacífica en la mayoría de ellos. Países como Benín, Cabo Verde, la República Centroafricana, Congo, Guinea-Bissau<sup>15</sup>, Lesotho, Madagascar, Malawi, Malí, Mozambique, Namibia, Níger, Santo Tomé y Príncipe, las islas Seychelles, Sudáfrica o Zambia se sumaban a los únicos regímenes democráticos que había en pie en 1989, Botswana, las islas Mauricio y Gambia<sup>16</sup>. Por el contrario, en otro grupo de países, la respuesta al proceso de erosión estatal desembocó en el derrumbamiento del estado poscolonial y el inicio de conflictos bélicos sangrientos. Así sucedió en Angola, Burundi, Chad, Liberia, República Democrática del Congo (antes Zaire), Rwanda, Sierra Leona, Somalia y Sudán<sup>17</sup>.

Cabe preguntarse qué factores llevaron a la erosión y debilitamiento, y en algunos casos al hundimiento, del recién constituido estado poscolonial, al que muchos bautizaron con el apelativo de ‘Estado fallido’, ‘Cuasiestado’, ‘Estado sombra’ o ‘Estado ficticio’. Itziar Ruiz-Giménez considera que fue la conjunción de una serie de factores de orden tanto interno como externo los que llevaron a esta situación<sup>18</sup>. Por lo que respecta a los **factores internos** cabe señalar cuatro.

a.- La **existencia de unas instituciones estatales de origen exógeno, creadas por el colonialismo europeo**. Los líderes de la independencia prefirieron dar continuidad a las estructuras político-administrativas y económicas que el colonialismo había impuesto, en lugar de sustituirlas por estructuras políticas autóctonas. Para muchos, esta decisión fue determinante ya que se conservaron unas instituciones políticas caracterizadas por: i) unas *fronteras artificiales*, que agruparon dentro de los estados africanos a numerosos grupos etnoculturales con trayectorias históricas diferentes y a veces enfrentadas. Además, dividieron en dos o más países a una misma comunidad etnocultural<sup>19</sup> y propiciaron algunos movimientos secesionistas; ii) unas *estructuras administrativas diseñadas para “explotar las divisiones locales”*, mediante el establecimiento de un sistema político que se desdoblaba en dos formas de gobierno diferentes: un mundo

urbano regido por los ciudadanos-colonos que dominaban a los nativos (considerados ciudadanos de segunda) y un mundo rural, dominado por una pluralidad de derechos consuetudinarios y por una administración apoyada en las autoridades locales con base étnica. La desigual incorporación de los distintos grupos étnicos a la administración por parte de las metrópolis y la manipulación del concepto de etnicidad exacerbaron sin duda el problema étnico hasta niveles sin precedentes; iii) unas *estructuras económico-administrativas concebidas para satisfacer las necesidades de las metrópolis*, basadas en la exportación de productos agrícolas, minerales y materias primas, a través de redes de transporte y comercio pensadas para ello, que a la vez dejaron una nimia inversión en la formación de la población local, que en el momento de la independencia no estaba preparada para trabajar en la estructura heredada.

b.- La **naturaleza personalista y patrimonial de las elites africanas**. Después de la independencia, algunas elites políticas africanas (formadas en su mayoría en universidades de las metrópolis) lideraron los procesos de construcción estatal mediante la centralización del poder político-económico y la supresión del pluralismo político. Aunque los motivos de fracaso de dichos proyectos podrían estar enraizados en una multitud de factores, algunos autores consideran que la causa fundamental fue “*el rechazo y oposición de la población africana a unos procesos ajenos a sus propias tradiciones socio-políticas*”<sup>20</sup>. De este modo, la doctrina africanista considera que las elites africanas decidieron adoptar formas personalistas o paternalistas de gobierno, concentradas en un individuo concreto, y basadas en una lógica patrimonial en las que la legitimidad política de los dirigentes derivaba del prestigio y el poder obtenido mediante la creación y mantenimiento de redes clientelares.

c.- Una **importante dependencia externa**. Debido a la existencia de una economía escasamente excedentaria, los líderes africanos buscaron otras fuentes de recursos durante la época poscolonial para poder mantener tanto sus privilegios económicos como sus redes clientelares. Por una parte, la explotación de sus recursos naturales, que en algunos países dio importantes réditos que después fueron derrochados. Por otra, la ayuda internacional dispensada bien por las superpotencias del contexto bipolar, bien por organismos intergubernamentales.

d.- Unas **políticas autoritarias que “tribalizaron” la heterogeneidad étnica**. Como se ha señalado anteriormente, los sistemas políticos africanos durante la Guerra fría se caracterizaron por políticas neopatrimoniales que canalizaban la ayuda internacional de forma selectiva a través de las redes clientelares. Estas redes, que seguían normalmente líneas étnicas, regionales o religiosas, solían gozar de un grado considerable de legitimidad. El problema se produjo tras la grave crisis económica de los ochenta que supuso que pocos regímenes pudieran seguir nutriendo sus redes de forma amplia, que hasta el momento habían facilitado la cohesión interétnica y habían ayudado a regular los conflictos sociales. A partir de entonces, las elites africanas optaron por concentrarlas en sus comunidades étnicas de origen, perdiendo así el apoyo y la legitimidad otorgados por el resto de grupos étnicos. Esta “*etnopatrimonialización*” del estado, como algunos autores la han etiquetado, incrementó la importancia de la etnicidad dentro de la sociedad, exacerbó las relaciones interétnicas y aumentó todavía más la dependencia de los dirigentes africanos de la ayuda internacional y de las dos superpotencias.

Por otra parte, dos son los **factores externos** que contribuyeron a la crisis del estado poscolonial.

**a.- Los efectos de una década de Planes de Ajuste Estructural (PAE) combinados con una creciente marginalidad en el proceso de globalización económica.** Aunque los primeros años de independencia lograron un cierto despegue económico, la crisis económica de los setenta motivada por la caída de los precios de las materias primas, la crisis energética de 1973 o el fracaso de los proyectos de desarrollo emprendidos llevó a muchos países africanos a situarse en niveles económicos inferiores al momento de su independencia. Ante este panorama, y no sólo en el continente africano, los principales organismos financieros internacionales (el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial) decidieron emprender los llamados Planes de Ajuste Estructural, que pretendían reducir la importancia del estado en el control de sus economías. El impacto social de estos planes fue extraordinariamente negativo, como así reconocieron años más tardes ambas organizaciones. El malestar social que generaron se tradujo en revueltas populares que fueron violentamente reprimidas en algunos casos.

**b.- El final de los contratos de mantenimiento de la Guerra Fría.** Si bien la contienda bipolar fue en algunos momentos un factor de contención para aquellos países que recibían ayuda externa (permitiendo hacer frente a los movimientos y guerrillas de oposición, así como seguir alimentando las redes clientelares), ésta también tuvo importantes efectos desestabilizadores. Aunque algunos de los conflictos armados durante la Guerra Fría tenían sus raíces en conflictos sociales diversos, la presencia de los dos bloques en el continente contribuyó en ocasiones a prolongarlos o reconfigurarlos. Durante esta época, una veintena de países se vieron inmersos en duros conflictos armados (se estima que unos ocho millones de africanos murieron durante esta etapa como consecuencia de la guerra), algunos de los cuales vieron su fin con la caída del telón de acero. Para otros países como Somalia y Liberia, sin embargo, la retirada del respaldo bipolar conllevó una grave crisis del estado neopatrimonial que acabó desembocando en el colapso estatal. Con la desaparición de estos “contratos de mantenimiento”, las elites africanas buscaron nuevas formas de legitimidad social que en muchos casos derivaron en la exacerbación y manipulación de las identidades étnicas, como fueron los casos de Rwanda y Burundi, y en otros en el inicio de una carrera ilimitada por el control del poder y los recursos, como sucediera en Angola.

### **3.3.- Conflictos armados africanos en la Posguerra Fría**

La década de los noventa presenció la reconfiguración de la tipología de los conflictos armados. Contextos como los de la ex Yugoslavia, Somalia o Rwanda pusieron en evidencia el hecho de que la población civil había pasado a convertirse en objetivo intencionado de las partes enfrentadas y que la violación sistemática de los Derechos Humanos se erigía como su principal arma de combate.

Los conflictos armados en África han sido un perfecto escaparate de las llamadas “nuevas guerras”<sup>21</sup>, pero no el único. De hecho, en el año 2005, sólo aproximadamente un tercio de los conflictos armados que azotan el planeta tienen lugar en el continente africano. Según la *Escola de Cultura de Pau de la Universitat Autònoma de Barcelona* (UAB)<sup>22</sup>, ocho de los 23 conflictos que a finales de 2005 siguen abiertos deben situarse en África Subsahariana<sup>23</sup>, mientras que es el continente asiático el que alberga un mayor número con un total de diez. Los conflictos en Colombia (América Latina), Chechenia (Cáucaso), Iraq y el que enfrenta a Israel y Palestina (estos dos últimos encuadrados en la región de Oriente Medio), completan el actual mapa de la conflictividad bélica

internacional. Subrayar, por lo tanto, que a diferencia de la visión falseada de que hoy en día África es un “continente de guerras”, la realidad mundial nos enseña un panorama harto diferente, existiendo también otras zonas del planeta, especialmente Asia, que sufren desde hace años, con igual o mayor intensidad, los perversos efectos de la violencia.

### 3.3.1.- El mapa de la guerra

#### **Conflictos armados**

Esta importante apreciación no debe servir para menospreciar los *escenarios de violencia armada* que bien entrado el siglo XXI todavía albergaba la región Subsahariana, concentrados en tres zonas.

a.- La región de los **Grandes Lagos**, donde se disputan actualmente dos conflictos. Por un lado, el que tiene lugar en **Burundi** entre el Gobierno Nacional de Transición surgido de los Acuerdos de Arusha de 2000 y las *Forces Nationales de Libération* (FNL) por el control del poder político. Por otro, el que afecta a la **República Democrática del Congo** desde 1998 y que en este caso enfrenta al Gobierno de transición presidido por Joseph Kabila (integrado por diversos grupos armados y por el anterior Ejecutivo), contra diversas facciones armadas que no participaron en el proceso de paz. La expoliación de los ricos recursos naturales se ha convertido en el motor que alimenta la perpetuación de la violencia.

b.- Las regiones del **Cuerno de África y África Central**, en las que encontramos tres situaciones de enfrentamiento armado. En primer lugar, **Somalia**, quizá el más televisivo de los conflictos africanos tras el fiasco cosechado por EEUU en 1993, donde diversos grupos armados, tras derrocar a la dictadura de Siad Barre en 1991, se enfrentan por el control del poder y el territorio. Dichos grupos se han erigido como autoridades legítimas en diferentes partes del país, lo que le ha valido a Somalia la etiqueta de ‘reino de taifas’ y de ‘paradigma de Estado fallido’.

En segundo lugar, **Uganda**, país en el que desde mediados de los ochenta un grupo armado de oposición, el *Lord Resistance Army* (LRA), de inspiración mesiánica, trata de expulsar al Presidente Yoweri Museveni del poder con el objetivo de implantar los diez mandamientos de la ley cristiana en todo el país. El líder de este descabellado grupo, Joseph Kony, se ha caracterizado por el reclutamiento forzado de menores para el campo de batalla, así como por el secuestro de niñas para ser objeto de todo tipo de abusos sexuales. Por su parte, el Gobierno ha forzado el desplazamiento de más de un millón y medio de personas en la persecución del LRA, generando una crisis humanitaria de graves proporciones.

Finalmente, la región de Darfur, al oeste de **Sudán**, donde desde febrero de 2003 dos grupos armados de oposición —el *Sudan Liberation Army* (SLA) y el *Justice Equality Movement* (JEM)— hacen frente a las llamadas milicias ‘*Janjaweed*’, grupos paramilitares sustentados por el Gobierno de Omar al-Bashir, que mediante su estrategia de ‘tierra quemada’ provocaron en pocos meses la peor crisis humanitaria de principios del nuevo milenio, según Naciones Unidas, forzando el desplazamiento de más de dos millones de personas. Tanto el SLA como el JEM reclaman el fin de la histórica

marginalización política, económica y social de la población negra por parte del Gobierno árabe, y fuertemente centralista, de Jartum<sup>24</sup>.

c.- La tercera y última región con conflictos armados abiertos es la de **África Occidental**, en la que existen dos focos de conflicto. Por una parte, **Costa de Marfil**, la otrora conocida como ‘Suiza africana’ experimentó en el año 2002 el levantamiento de tres grupos armados en el norte que han logrado prácticamente dividir el país con el objetivo de reivindicar la exclusión política y social que sufren determinados sectores de la población. Desde entonces, se libra una batalla irregular entre éstos y el Gobierno de Laurent Gbagbo, que está respaldado por milicias armadas de jóvenes simpatizantes del mandatario. De especial mención en este contexto es el papel de Francia, antigua metrópolis, que ha enviado cinco mil efectivos militares al país, avalados por Naciones Unidas, para hacer de fuerza de contención entre ambos bandos, protagonizando varios enfrentamientos con las propias Fuerzas Armadas marfileñas.

El otro escenario de conflicto en esta región es el de **Nigeria**, que alberga dos contextos diferenciados de enfrentamiento armado: el que se desarrolla en la región del Delta del Níger (sur) y el que tiene lugar en el norte del país. En el *Delta del Níger*, región que concentra el 60% de la producción de petróleo del que es primer productor de crudo de la región subsahariana, varias milicias armadas pertenecientes a diferentes grupos étnicos se enfrentan entre ellas y contra las fuerzas de seguridad estatales por el control del poder y los beneficios del petróleo. En esta contienda también participan ejércitos privados contratados por las transnacionales del petróleo (*TotalFinalElf* y *Shell*, son las más importantes) que tratan de defender sus intereses. En el *norte del país*, por el contrario, el enfrentamiento está protagonizado también por milicias de la mayoría musulmana y la minoría cristiana, en disputa por el control de los recursos naturales y que se ha exacerbado tras la proclamación en el año 2001 de la llamada ley islámica en los doce estados que conforman esta región.

<b>Conflictos armados en África Subsahariana en 2005</b>			
<b>Conflictos armados (inicio)</b>	<b>Actores armados</b>	<b>Causas de fondo</b>	<b>Número total de víctimas mortales</b>
<b>Burundi (1993)</b>	Gobierno Nacional de Transición, <i>Forces Nationales de Libération</i> de A. Rwasa	Control político de una minoría étnica y dificultades para la alternancia en el poder	300.000 personas
<b>RD Congo (1998)</b>	Gobierno Nacional de Transición (GNT), facciones de grupos armados incluidos en el GNT, milicias Mayi-Mayi, grupos armados de Ituri, <i>Forces Démocratiques de Libération</i> de Rwanda	Control del poder político, dificultades para la alternancia en el poder y control de los recursos naturales	3,5 millones de personas
<b>Somalia (1988)</b>	Varios	Ausencia de práctica democrática, lucha por el poder político regional, confederación vs. Federación	400.000 personas
<b>Uganda (1986)</b>	Gobierno, <i>Lord Resistance Army</i> (LRA)	Mesianismo religioso y marginación regional	150.000 personas
<b>Sudán (Darfur) (2003)</b>	Gobierno, milicias progubernamentales, <i>Sudan Liberation Army</i> (SLA), <i>Justice Equality Movement</i> (JEM), <i>National Movement for Reform and Development</i> (NMRD)	Marginación regional y política	180.000 personas
<b>Costa de Marfil (2002)</b>	Gobierno, milicias progubernamentales, <i>Forces Nouvelles</i> (MPCI, MJP, MPIGO)	Marginación de algunas regiones, fragilidad democrática, exclusión política, instrumentalización religiosa	-
<b>Nigeria (Delta del Níger)</b>	Gobierno, milicias de las comunidades Ijaw, Itsekere y Urhobo	Control del poder político y de los recursos naturales, exclusión social y	-

(2003)		política	
Nigeria (Norte) (2003)	Gobierno, milicias de las comunidades cristianas y musulmanas	Control de los recursos naturales e instrumentalización religiosa	10.000 personas

Fuente: Escuela de Cultura de Paz, Barómetro 9, en: <http://www.escolapau.org/programas/barometro.htm>

## Situaciones de tensión

A diferencia de los conflictos armados, cabe señalar también la existencia de *una treintena de contextos de tensión en África*. Estos ‘puntos calientes’ se caracterizan por ser escenarios en los que se producen graves episodios de polarización social o política, con enfrentamientos entre grupos políticos, étnicos o religiosos o entre éstos y el Estado, con alteraciones del funcionamiento ordinario de las instituciones del Estado (golpes de Estado, toques de queda y Estados de excepción o emergencia) y con índices significativos de destrucción, muertos o desplazamientos forzados de población, bajo riesgo de que dichos contextos puedan derivar en una situación de conflicto armado<sup>25</sup>. Por su volatilidad y por el peligro real que desemboquen en una situación de violencia extrema, merece la pena llamar la atención sobre tres de estos contextos.

En primer lugar, **Zimbabwe**, presidido por el controvertido líder de la independencia Robert Mugabe, quien desde los años noventa ha venido sometiendo al país a un grave recorte de las libertades políticas, hecho que ha provocado el exaltado enfrentamiento con el principal partido de la oposición, el *Movement for Democracy Consolidation* (MDC) de Morgan Tsvangirai, así como el enfado y aislamiento de buena parte de la comunidad internacional. A esta grave crisis política, que se ha traducido en esporádicas olas de violencia entre los simpatizantes de ambas partes, cabe sumar la fuerte recesión económica, agudizada por la frustrada reforma agraria de Mugabe, y los efectos de una crisis humanitaria como consecuencia del impacto de la sequía y del sida (casi el 40% de la población adulta se encuentra afectada por la pandemia), factores que han situado a Zimbabwe al borde de un conflicto civil.

En segundo lugar, es reseñable la escalada de tensión que sufre toda la llamada **región del Río Mano**, que engloba a **Guinea, Liberia, Sierra Leona** y también, aunque no geográficamente, **Costa de Marfil**. La volatilidad y permeabilidad de las fronteras, el constante flujo de armas y de mercenarios, los intereses económicos y geoestratégicos de sus mandatarios, la interrelación entre los distintos gobiernos y grupos armados y el éxodo masivo que experimentan millones de personas de forma cíclica como consecuencia de la violencia, ha sumergido a estos cuatro países en un peligroso conflicto regional que podría tener consecuencias extremas. De este modo, el sanguinario ex Presidente liberiano, Charles Taylor, actualmente exiliado en Nigeria<sup>26</sup>, financió la actividad de la guerrilla del *Revolutionary United Front* (RUF) que se enfrentó al Gobierno sierraleonés, ha apoyado a varios grupos armados que luchan en Costa de Marfil, y podría estar detrás del intento de asesinato del enfermo Presidente guineano, Lansana Conté. Igualmente, Conté ofreció apoyo a alguno de los grupos armados que derrocaron a Taylor en el 2003. Esta ‘pseudoguerra civil’, que está provocando el sufrimiento diario de millones de personas, ha supuesto el desembarco en esta región de más de 40.000 cascos azules durante los últimos años.

En tercer lugar, cabe también destacar lo que algunos ya han etiquetado en ocasiones como la “primera guerra civil africana”. Tras la firma de un acuerdo de paz, diversos países de la **región de los Grandes Lagos** y varios grupos armados se retiraron entre 2002 y 2003 de territorio congolés, en el que protagonizaron un enfrentamiento entre

ellos y contra el Gobierno congolés. Sin embargo, la relación entre el régimen de Kinshasa y la vecina Rwanda (uno de los países invasores) no ha mejorado significativamente, debido a la presencia en territorio congolés del grupo armado de oposición rwandés responsable del genocidio de Rwanda de 1994. Esta situación hace temer el reinicio de los enfrentamientos a gran escala que se desarrollaron a finales de los noventa y en los que participaron hasta un total de ocho países africanos.

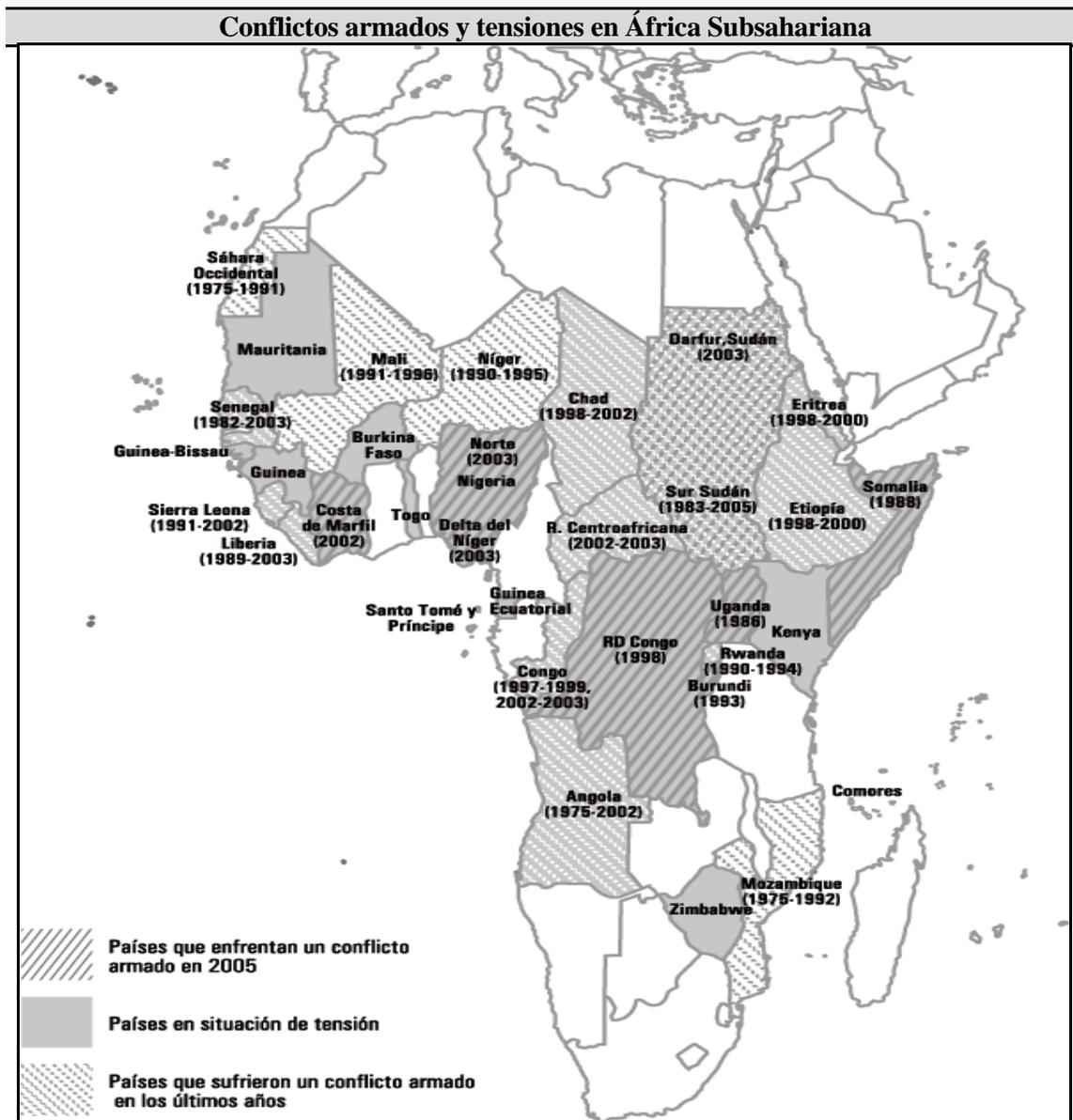
### Conflictos armados finalizados desde el final de la Guerra Fría

Esta escueta radiografía de la conflictividad en África Subsahariana no debe olvidar algunos de los *conflictos armados finalizados desde el final de la Guerra Fría*. En este punto se encuentra, por ejemplo, **Sierra Leona** (1991-2002), que sufrió una de las guerras más cruentas de la década de los noventa, con más de 70.000 muertos, miles de personas que sufrieron alguna amputación y millones de desplazados. Tras casi una década de enfrentamientos entre el Gobierno y el RUF; la participación de mercenarios, milicias, grupos paramilitares e incluso de las fuerzas de pacificación del organismo regional ECOWAS (el ECOMOG); y con el dramático telón de fondo de la comercialización de los diamantes, esta antigua colonia británica lograba alcanzar un acuerdo de paz en 2002.

Conflictos armados finalizados en la Posguerra fría		
Conflicto	Actores	Duración
<b>Angola</b>	Gobierno del MPLA, UNITA	1975-2002
<b>Chad</b>	Gobierno, <i>Mouvement pour la Démocracie et la Justice au Tchad</i> (MDJT)	1998-2002
<b>Congo-Brazzaville</b>	FFAA y milicias Cobras del actual Presidente D. Sassou-Nguesso, milicias Cocoyes del ex Presidente P. Lissouba, las milicias Ninjas del ex Primer Ministro B. Kolelas, y las milicias Ninjas disidentes del reverendo Ntoumi	1997-1999, 2002-2003
<b>Eritrea – Etiopía</b>	FFAA de ambos países	1998-2000
<b>Liberia</b>	FFAA, Gobierno de Charles Taylor, LURD, MODEL, ULIMO-K, ULIMO-J, ECOMOG	1989-2003
<b>Malí</b>	Gobierno, milicias tuareg norte país	1991-1996
<b>Mozambique</b>	Gobierno controlado por el partido FRELIMO, RENAMO	1975-1992
<b>Níger</b>	Gobierno, milicias tuareg norte país	1990-1995
<b>RCA</b>	Gobierno de A. F. Patassé, mercenarios del general golpista F. Bozizé	2002-2003
<b>Rwanda</b>	Gobierno, milicias Interahamwe, Frente Patriótico Rwandés	1990-1993, 1994
<b>Sáhara Occidental - Marruecos</b>	Marruecos, Frente POLISARIO	1975-1991 (declaración de alto el fuego del FP)
<b>Senegal</b>	Gobierno, MFDC	1982-2003
<b>Sierra Leona</b>	Gobierno, RUF, AFRC, CDF, ECOMOG	1991-2002
<b>Sudán (SPLA)</b>	Gobierno, SPLA	1983-2005

De igual modo, cabe destacar **Angola** (1975-2002), país en el que la muerte del líder guerrillero de UNITA, Jonas Savimbi, en febrero de 2002, precipitó la consecución de un acuerdo dos meses después, dejando un reguero de un millón de muertos y una décima parte de la población mutilada por las minas. Los casi treinta años de guerra experimentaron una feroz etapa final en el que el sustento del conflicto se fundamentó en la venta del petróleo, por parte del Gobierno de Dos Santos, y en el de los diamantes, por lo que respecta a UNITA.

Un último ejemplo es el conflicto en el **sur de Sudán** (1983-2002), donde el grupo armado de oposición *Sudan People Liberation Army* (SPLA) se enfrentó durante casi 22 años al Gobierno islamista sudanés por la independencia del sur del país, de mayoría cristiana y animista. Esta histórica disputa, que se saldó con unos dos millones de muertos, logró un esperanzador compromiso de paz en enero de 2005, a pesar de la guerra en Darfur y de la volatilidad existente en el este del país. No obstante, la inesperada y accidentada muerte del carismático líder del SPLA, John Garang, abría a mediados de ese mismo año serias incertidumbres respecto al devenir del proceso de paz.



Hacer un **balance humano** de los efectos de todas estas guerras resultaría de gran complejidad, teniendo en cuenta que gran parte de las víctimas de un conflicto suele serlo de manera indirecta, es decir, que pieren como consecuencia de la crisis humanitaria que genera la violencia. Sea como fuere, la cifra de muertos, mutilados por las minas antipersona, amputados, víctimas de la violencia sexual y desplazados por el

impacto de la guerra debe elevarse a varias decenas de millones de personas, máxime si tenemos en cuenta que sólo contextos como el de Sudán o Angola, suman conjuntamente más de tres millones de víctimas mortales y ocho millones de personas desplazadas. Además, en esta cábala no pueden omitirse todas aquellas personas que posteriormente sufrirán durante toda su vida el impacto psicosocial de la violencia, los secuestros, el reclutamiento forzado, las torturas, la muerte de un familiar, y un largo etcétera.

### 3.3.2.- Características de los conflictos armados africanos de la Posguerra Fría.

Aunque cada escenario de conflictividad suele tener unas particularidades determinadas, existen una serie de características comunes en este mapa de la conflictividad africana, que a menudo también confluyen con los conflictos que se desarrollan en el resto del planeta:

a.- La totalidad de los conflictos que tienen lugar en África son de **carácter interno**, es decir, que transcurren en el interior de las fronteras de un mismo país. Aunque los años noventa vieron el fin del histórico enfrentamiento entre Eritrea y Etiopía<sup>27</sup> y todavía persisten algunas disputas fronterizas y relaciones de tensión entre diferentes países (Sudán-Uganda, Burkina Faso-Costa de Marfil, Camerún-Nigeria, por poner algunos ejemplos), no existe en la actualidad ningún conflicto armado interestatal. Además, otra peculiaridad en este sentido, es que dichos conflictos están en ocasiones **localizados**, es decir, que en un mismo país confluye más de una disputa en la que participan actores diferentes con objetivos también diferenciados, como son los casos ya analizados de *Nigeria* y *Sudán*. En relación con esta localización también es reseñable la reciente **ausencia y desintegración del Estado de algunos países en conflicto**, hecho que permite la creación en el seno de un mismo país de estructuras político-administrativas y económicas prácticamente paralelas. Un ejemplo, aparte del ‘reino de taifas’ somalí, podría ser el de *Costa de Marfil*, donde los grupos armados de oposición controlan el norte del país, sin que las fuerzas de seguridad del estado puedan tener acceso a esa zona.

b.- Participación de una **variedad y multiplicidad de actores extraordinaria**, que comprende desde gobiernos, Fuerzas Armadas y grupos armados de oposición hasta paramilitares, milicias, señores de la guerra, bandas criminales organizadas, fuerzas policiales, mercenarios, ejércitos privados de seguridad o sicarios. Igualmente, y en una segunda esfera, también es determinante el papel de las transnacionales con intereses en un determinado contexto, los traficantes de armas, las diásporas, las fuerzas de mantenimiento de la paz de organizaciones regionales o internacionales, las organizaciones humanitarias (integradas principalmente por las famosas ONG y las agencias de Naciones Unidas), los medios de comunicación, los diplomáticos y mediadores internacionales, los medios de comunicación o los países donantes. Esta procesión de actores es lo que ha llevado a algunos autores a destacar la importancia de visualizar las actuales guerras no como un mero enfrentamiento entre oponentes sino como una auténtica “telaraña o red de actores”<sup>28</sup> en la que se entretrejen multiplicidad de intereses y responsabilidades, y desde la que es posible, sin necesidad de estar en el “campo de batalla”, alimentar el ciclo de la violencia.

c.- La **población civil se ha convertido en el principal objetivo a destruir y controlar por parte de los actores enfrentados**, bien sea porque es concebida como base social del adversario o bien porque la idea final es causar la mayor destrucción posible<sup>29</sup>. De este modo, el respeto al Derecho Internacional Humanitario, que desde finales del siglo XIX ha tratado de regular –valga la paradoja– las dinámicas de la guerra, ha quedado relegado a un último plano. En directa relación con este hecho, cabe subrayar también que **la violación sistemática de los Derechos Humanos se ha erigido como una auténtica arma de guerra**. Las amputaciones, la colocación de minas antipersona, el saqueo y la quema de poblados, la creación deliberada de hambrunas para forzar el desplazamiento de una población o para provocar directamente su inanición, los abusos y violaciones sexuales de niñas, el secuestro y la tortura de menores, entre otras muchas, suelen ser prácticas habituales de los beligerantes<sup>30</sup>. Otro aspecto importante es la **utilización de las llamadas armas ligeras** como nuevas y frecuentes herramientas para el combate. Estas armas, que van desde pistolas y fusiles a granadas y minas, son las causantes actualmente del 90% de las víctimas en un conflicto armado. Su tamaño y fácil utilización posibilitan no sólo que puedan circular de un contexto a otro sin demasiadas dificultades y bajo ningún tipo de control (en la citada región del Río Mano, los fusiles utilizados en Sierra Leona han pasado luego a los de Liberia y Costa de Marfil, y así sucesivamente), sino que además sean manejadas sin complicaciones por los menores reclutados para el combate.

#### **Privatización de la seguridad y proliferación de armas**

En algunos países africanos las Fuerzas Armadas convencionales se han visto eclipsadas por la emergencia del fenómeno de la *privatización de la seguridad*. La participación en la dinámica de los conflictos armados actuales de mercenarios extranjeros, grupos ciudadanos de autodefensa, fuerzas leales a señores de la guerra o bandas criminales se ha convertido en algo natural y creciente. Este hecho se enraíza en el recorte de recursos militares dispensados por la lógica de la Guerra Fría que llevó a muchos gobiernos a no poder mantener sus tropas, lo que precipitó que buena parte de los efectivos militares buscaran una salida en los ejércitos privados. Así, durante los noventa proliferaron un número considerable de compañías militares privadas, como la sudafricana *Executive Outcomes*<sup>31</sup> o las británicas *Sandline International*, *Defense Systems Ltd.* y *Ghurka Security Guards*, que ofrecían una serie de servicios, incluyendo entrenamiento, consultoría y el suministro de actividades mercenarias o herramientas para el combate. Algunas de estas empresas fueron incluso contratadas por Gobiernos soberanos para que les ayudaran a combatir a las fuerzas rebeldes del país en cuestión, como fueron los casos de Angola o Sierra Leona. Las transnacionales de la minería o el petróleo también han requerido los servicios de estos ‘ejércitos’ en aras de proteger sus operaciones, como son los casos de *Shell* en Nigeria o *Talisman Energy* en Sudán.

La masiva *proliferación de armas ligeras* también ha jugado un papel indispensable en todo este entramado. Se estima que anualmente se fabrican más de ocho millones de pistolas, revólveres o rifles y unos 16.000 millones de balas, y que existen un total de 683 millones de armas pequeñas y ligeras a escala mundial. El tráfico de dichas armas está vinculado también a las redes ilegales que comercializan los recursos naturales,

conformando el llamado ‘triángulo violencia-armas-recursos naturales’<sup>32</sup> que nutre la dinámica de numerosas guerras africanas.

d.- Provocan un **importante impacto regional**, que debe medirse en diferentes términos: *político*, por los efectos desestabilizadores que tiene una guerra en el país vecino, por las frecuentes interrelaciones entre actores y grupos armados de diferentes países y por las decisiones que de forma creciente se ven obligadas a tomar las organizaciones regionales en las que se integra el país en cuestión; *humanitario*, por la consiguiente entrada de decenas de miles de personas refugiadas que huyen de la violencia en su país, lo que a menudo también origina conflictos con las poblaciones de los lugares a los que llegan por la disputa por los recursos; *económico*, debido a las repercusiones directas generadas por los desplazamientos, e indirectas, por la caída de la economía regional y de las inversiones; y *militar*, por la entrada de miembros de los grupos armados de oposición que buscan cobijo o por el constante flujo de mercenarios y armas ligeras. Del mismo modo, cabe señalar también el **impacto internacional**, si se tiene en cuenta el debate que estos conflictos a veces generan en el seno del Consejo de Seguridad de la ONU, las resoluciones que se adoptan o las misiones de mantenimiento o imposición de la paz, formadas por efectivos multinacionales, que deciden enviarse.

e.- Tienen **graves consecuencias humanitarias**, ya que provocan el desplazamiento de millones de personas, la aparición o agudización de crisis alimentarias, la expansión de epidemias y enfermedades, y una movilización importante de recursos internacionales en términos de ayuda. Estas *crisis humanitarias* fueron rebautizadas a finales de los ochenta –coincidiendo con el fin de la Guerra Fría y el alumbramiento de un nuevo tipo de conflictos-, con la etiqueta de “*Emergencias Políticas Complejas*”, consideradas como aquellas situaciones provocadas particularmente por el ser humano, en las que se producen víctimas por efecto de un conflicto armado, los desplazamientos y las hambrunas, combinado con un debilitamiento o colapso total de las estructuras económicas y estatales, y con la presencia eventual de una catástrofe natural. Estas “emergencias”, que pretenden poner el énfasis en la presencia de la “mano interesada del hombre” en muchas de estas situaciones que a veces se presentan como fruto de la fatalidad o la desdicha, han conllevado consigo un incremento espectacular de la llamada ayuda humanitaria internacional y han concedido a las organizaciones humanitarias un papel protagonista en el teatro de los conflictos de la posguerra fría. Este asunto, que se analiza de forma más detallada en el siguiente apartado, ha sumido al actor humanitario en un espeso océano de dilemas y debates, obligándole a replantearse sus principios fundadores y su función a cumplir en estos nuevos contextos.

### 3.3.3.- Raíces y causas de las guerras africanas

Llegados a este punto, es necesario preguntarse: ¿Qué se esconde detrás de esta violencia? ¿Cuáles son las causas profundas de estas guerras? ¿Qué factores explican que conflictos armados como el de Angola, Sudán o Somalia se hayan prolongado durante décadas? Aunque ocasionalmente recibimos información sobre las causas de la violencia armada en África Subsahariana, el análisis ofrecido desde los medios de comunicación suele estar sesgado y extraordinariamente simplificado.

Al abordar las causas de los conflictos armados contemporáneos en África Subsahariana es preciso partir de dos importantes aspectos. En primer lugar, cabe **diferenciar entre el tipo de causas**, comprendiendo: *causas profundas*, que suelen tener un carácter menos visible y que tienen que ver con la violencia estructural que sufre el contexto en cuestión (desigualdades sociales e injusticias socioeconómicas, dominio de un determinado sector social sobre otro, fracturas existentes entre estructuras estatales y grupos sociales agudizadas por el sistema colonial, la incompleta formación de los Estado-Nación, etc.); *causas próximas*, más perceptibles y relacionadas normalmente con el motivo de la disputa (lucha por el control del poder político y económico del país o la región, control de los recursos naturales, demanda de independencia o de mayor autonomía para una región concreta, instrumentalización de la pertenencia religiosa o étnica, etc.); y *detonantes*, determinados episodios, discursos o acciones que provocan el estallido de la violencia en un contexto de conflictividad. Un segundo aspecto que, por lo tanto, cabría señalar sería el de la **multicausalidad** que encierran todos estos conflictos, es decir, la necesidad de explicarlos a partir de la confluencia, interrelación y comprensión de determinados factores, huyendo de argumentaciones simplistas y a menudo basadas en el enfrentamiento religioso o tribal.

Precisamente, a la luz de esta complejidad, uno de los más prodigados investigadores sobre el fenómeno de las “Nuevas Guerras”, Mark Duffield, profesor de la Universidad de Leeds (Reino Unido), propone tres narrativas o visiones diferenciadas para explicar las guerras civiles africanas y sus causas: el nuevo barbarismo, el subdesarrollo como causa del conflicto y la “economía política de la guerra”<sup>33</sup>.

a.- El *nuevo barbarismo* define los conflictos armados africanos como anárquicos, salvajes e irracionales. En éstos, las diferentes facciones, “tribus” o clanes, movidos por odios étnicos y ancestrales –mantenidos en hibernación durante la Guerra Fría– intentarían sembrar el pánico de forma irracional, sin más objetivo que exterminar a pueblos y ciudades enteras. Esta caricatura es la visión predominante no sólo en los medios de comunicación, sino por desgracia también en muchas instancias políticas, militares e incluso académicas, tal y como versan los trabajos de los polémicos Samuel Huntington con su tesis sobre el “choque de civilizaciones” o de Robert Kaplan con su artículo “*La anarquía que viene*”<sup>34</sup>, en el que interpreta la violencia y los disturbios en África occidental como algo descontrolado, instintivo y pseudo apocalíptico.

Para otros autores<sup>35</sup>, sin embargo, los análisis de las guerras africanas centrados en la etnicidad son sumamente discutibles al estar contruidos desde un discurso racial y de determinismo biocultural, en el que las diferencias culturales son consideradas como la causa del conflicto, el antagonismo y la violencia. De este modo, la adopción de esta visión tiende, en primer lugar, a naturalizar las identidades étnicas entendiéndolas como primarias e irracionales, obviando que pueden haber sido construidas social e históricamente. En segundo lugar, explica la violencia por la mera existencia de diferentes identidades étnicas, religiosas o culturales, ignorando así el carácter dinámico, multifacético e interactivo de las identidades étnicas, así como la capacidad de muchos grupos de convivir pacíficamente en gran parte de África y del mundo. En tercer lugar, esconde la actuación y la responsabilidad de diferentes actores y grupos sociales (africanos e internacionales) que, en su lucha por el poder y los recursos, manipulan e instrumentalizan las identidades etnoculturales para movilizar a la población. Esta narrativa, por lo tanto, refuerza el tópico del “África salvaje y violenta” y legitima políticas como el cierre de fronteras a la inmigración, la crisis del asilo o la reducción de la ayuda al desarrollo.

b.- Una segunda visión sitúa al *subdesarrollo* como causa de los conflictos armados africanos. Si bien una corriente pone el acento en los factores internos (incremento de la pobreza, deterioro medioambiental, aumento de la exclusión social y de la marginalidad, la corrupción de las élites o la militarización de las sociedades), la otra se centra más en factores de índole externa (el legado del colonialismo, la dependencia exterior, el impacto de los Planes de Ajuste Estructural, la deuda externa o la creciente marginalidad del continente africano en la economía mundial). Ambas corrientes, sin embargo, comparten la idea de que la modernización, la alfabetización o la inversión en servicios básicos son elementos que contribuyen decisivamente a aminorar el riesgo de que estalle de forma violenta un conflicto. Este punto de vista, incorporado por el discurso de los sectores responsables de la cooperación al desarrollo, aún conteniendo una importante parte de verdad, ofrece también un enfoque limitado que esconde algunos de los factores que en ocasiones provocan la violencia: ¿por qué países considerados como pobres en el propio continente africano nunca han enfrentado un conflicto bélico, mientras que países más ricos y desarrollados, como sería el caso de la región de los Balcanes, sí lo han hecho?.

c.- Una tercera y última narrativa que ha ido adquiriendo fuerza en los últimos años es la que nos remonta al análisis anteriormente realizado sobre el estado poscolonial y que Duffield llama "*la economía política de la guerra*", la cual sostiene que *los conflictos bélicos africanos son la respuesta de ciertas élites políticas y económicas a su desigual integración en la economía mundial*. Esta visión considera que la crisis de legitimidad del estado postcolonial africano a finales de los ochenta redujo las principales fuentes de financiación del estado neopatrimonial con las que las élites africanas lograban alimentar sus redes clientelares y mantener el estatus quo y la represión. Tras el fin de la Guerra Fría, el estado poscolonial perdió su utilidad por lo que las élites empezaron a buscar nuevas fuentes de autoridad, privilegios y beneficios materiales a través de procesos de democratización o bien mediante la economía de la guerra, es decir, el control de los recursos naturales, el tráfico de armas o la manipulación de la ayuda humanitaria, entre otras prácticas.

Esta literatura ha estudiado los flujos económicos que se producen en las llamadas "guerras por recursos"<sup>36</sup>. Según Michael Renner<sup>37</sup>, una cuarta parte de los conflictos armados africanos que permanecían activos en 2001 podían insertarse en esta categoría, en la que la explotación legal o ilegal de recursos por parte de determinados actores contribuía a la exacerbación de la violencia o bien a financiar su continuación. La iniciativa promovida por dichos sectores no está encaminada explícitamente a derrocar un Gobierno, si no simplemente a ganar y mantener el control sobre la explotación de un determinado recurso (petróleo, madera, diamantes, coltán, etc.), los cuales casualmente suelen ser la principal fuente de ingreso y poder en sociedades fundamentalmente empobrecidas. Es a partir de este análisis desde el que numerosos autores aseveran el hecho de que la guerra, en sí misma, ha adquirido una lógica, una función y una racionalidad clara para determinados grupos, convirtiéndose en una forma de integración y producción social, es decir: *la guerra es un fin en sí misma y la perpetuación de la violencia se convierte en un objetivo económico y político*.

## Guerras y recursos naturales

Uno de los ejemplos más flagrantes de esta dinámica ha sido el de los *diamantes* en los conflictos armados de Sierra Leona, República Democrática del Congo y Angola. En la guerra de **Sierra Leona** (1991-2002) jugaron, sin duda, un papel central. El grupo armado de oposición enfrentado al Gobierno de Kabbah durante los noventa, el RUF, lograba obtener armas y sostenerse mediante el control de los campos de diamantes, que otorgaban unos réditos anuales de entre 25 y 125 millones de dólares al año. Las gemas, extraídas por menores explotados y forzados a trabajar, viajaban a Bélgica camufladas como piedras preciosas a través de la Liberia de Charles Taylor, de Guinea o de Gambia.

El pillaje de este mineral también ha sido capital en los conflictos que han azotado a la **República Democrática del Congo** (antes Zaire) durante los noventa. Entre 1996 y 1997, el ADFL de Laurent Kabila, verdugo del histórico Mobutu Sese Seko, concedió la explotación de extensas minas a cambio de apoyo militar a determinadas compañías. Las multinacionales *De Beers*, *Anglo-American Corporation*, *Barrica Gold Corporation*, *Banro American Resources*, *American Mineral Fields* o *Bechtel Corporation*, fueron las más importantes. La segunda guerra, iniciada en 1998, ha presenciado un incremento de este expolio, así como del sufrimiento humano. En ese mismo año, las tropas rwandesas y ugandesas invadieron el país en apoyo de los grupos que trataban de derrocar a Kabila, mientras que Angola, Zimbabwe, Namibia y Chad proporcionaron tropas en apoyo al entonces mandatario congolés. Según estimaciones, más de 100.000 efectivos militares extranjeros llegaron a entrar en este país. Aunque el motivo inicial de todas estas actores era principalmente geoestratégico y de seguridad, la oportunidad de saquear los ingentes recursos del país (diamantes, oro, coltan, niobium, casiterita, cobalto, zinc o manganeso) en un contexto de descontrol y falta de autoridad incentivaron esta dinámica. Pero la responsabilidad en el proceso de saqueo no sólo debe recaer en los países de la región. Naciones Unidas ha certificado la implicación de empresas belgas, holandesas, alemanas y suizas en el comercio ilegal del coltan, mientras que 34 compañías ancladas en Europa occidental, Canadá, Malasia, India, Pakistán y Rusia, han sido acusadas de comercializar también con numerosos recursos.

Por último, es también reseñable la importancia de los diamantes en el conflicto de **Angola** (1975-2002), en el que el grupo armado de oposición UNITA logró más de 3.700 millones de dólares sólo entre 1992 y 1998 procedentes de la comercialización de los diamantes, con los que compraba armas y enriquecía el bolsillo de los principales cuadros militares del grupo. De este modo, a principio de la década de los noventa UNITA controlaba en torno al 90% de los campos diamantíferos, principalmente situados en el este del país. Hasta 1999, año en que la empresa sudafricana De Beers cedió a las presiones internacionales, UNITA tenía escasas dificultades a la hora de comercializar sus diamantes. Para la salida de las piedras, el grupo armado utilizó varias rutas que le ayudaron a esquivar el embargo impuesto por Naciones Unidas, siendo Burkina Faso, el ex Zaire de Mobutu, Togo y Rwanda los principales paraísos para sus transacciones ilegales. Mientras, las armas procedían principalmente de Bulgaria y otros países de la Europa del Este.

### De Beers, los diamantes y el Proceso de Kimberley

En 1999, el 4% de los 6.600 millones de dólares facturados por esta empresa sudafricana, que controla el 70% de la producción del diamante, procedía directamente de contextos en conflicto armado, mientras que un grupo de expertos de Naciones Unidas determinó en el año 2000 que el 20% del comercio total de diamantes era de carácter ilícito. Los llamados “diamantes sangrientos” (*Blood diamonds*), apelativo que se le otorgó a las piedras que tenían su origen en este tipo de contextos, llamaron la atención de la comunidad internacional a finales de los noventa, al certificarse el papel decisivo que estaban teniendo en la alimentación de muchos conflictos armados. De este modo, algunos Estados, representantes de la industria diamantífera y varias ONG iniciaron el llamado *Proceso de Kimberley*, un conjunto de reuniones que desembocó en el establecimiento de un “Sistema Internacional de Certificación de Diamantes” que tenía como objetivo controlar la procedencia de las gemas, para así evitar la comercialización de aquellas que tenían su origen en países en conflicto. No obstante, organizaciones como *Global Witness* han denunciado que a pesar de la aparente buena voluntad, no existen por el momento mecanismos que verifiquen la rigurosidad y la efectividad de la iniciativa.

Lo que para UNITA eran los diamantes, para el Gobierno de José Eduardo Dos Santos lo significó el **petróleo**, quien también lograba unos réditos de entre 2.000 y 3.000 millones de dólares por año gracias a la implicación de empresas como *Chevron*, *Elf Aquitaine*, *BP* o *ExxonMobile*. Según la organización *Global Witness*<sup>38</sup>, las transnacionales del petróleo se convirtieron en cómplices directos de la perpetuación de la guerra en Angola mediante la financiación de las necesidades del Ejecutivo angoleño.

**Beneficios estimados en algunas de las “guerras por recursos”**

Actor	Recurso	Período	Beneficio estimado
UNITA (Angola)	Diamantes	1992-2001	4.000-4.200 millones de dólares en total
Dos Santos (Angola)	Petróleo	Década de los noventa	2.000-3.000 millones de dólares/año
RUF (Sierra Leona)	Diamantes	Década de los noventa	25-125 millones de dólares/año
Charles Taylor (Liberia)	Madera	Finales de los noventa	100-187 millones de dólares/año
Gobierno de Sudán	Petróleo	Desde 1999	400 millones/año
Gobierno de Rwanda	Coltan (desde RD Congo)	1999-2000	250 millones de dólares en total

Fuente: Renner, Michael.

La literatura de la economía política de la guerra ha destapado el lugar que ocupa el continente africano en la otra cara de la economía mundial, aquella que remite a las redes internacionales criminales: “*redes que vinculan a los señores de la guerra africanos con los "narcos" colombianos, las mafias rusas, los talibanes de Afganistán o las bandas criminales de las ciudades estadounidenses. Y en la cual, no sólo operan "los malos" del mundo, sino también importantes compañías internacionales aparentemente respetables*”<sup>39</sup>. Además, y lejos de caer en un ejercicio de demagogia, este análisis también nos remite a la responsabilidad e implicación implícitas que como consumidores del Primer Mundo podemos llegar a tener con un determinado contexto

de conflicto armado, ampliando la visión de esta compleja red de actores desde la que puede interpretarse la violencia armada en África.

Aunque existen críticas hacia esta visión, relacionadas con la percepción negativa de las elites africanas como criminales que saquean el país o su fundamentación en las dinámicas económicas, la “economía política de la guerra” insta a comprender las nuevas guerras como una red en la que se entretajan factores internacionales e internos de todo tipo que sostienen la violencia. Desde los flujos de dinero ilícito, el tráfico de armas o de personas, hasta el flujo de información e influencia política, por poner sólo algunos ejemplos. Estas redes dan a las nuevas guerras una racionalidad política que muchas veces no es aparente y que ha hecho que muchos perciban las nuevas guerras como caóticas y como simples frutos de la violencia elemental, cuando, en realidad, se trata de expresiones de intereses de muy diversos actores<sup>40</sup>.

En suma, estas tres narrativas intentan ofrecer elementos para la comprensión y el análisis de las causas de los conflictos armados africanos contemporáneos. Siendo totalmente rechazable la visión esbozada por el llamado “nuevo barbarismo”, tanto las teorías relacionadas con el “subdesarrollo” como las de “la economía política de la guerra” presentan aspectos no excluyentes y que cabe tener en cuenta en el difícil ejercicio de entender las raíces del fenómeno de la violencia organizada en África Subsahariana.

## **4.- NUEVO HUMANITARISMO E INTERVENCIÓN INTERNACIONAL EN ÁFRICA**

---

En esta enmarañada y compleja red de actores en la que debe situarse la comprensión, estudio y análisis de los conflictos armados africanos, uno de los aspectos de mayor interés y trascendencia es la controvertida presencia y actuación de la comunidad internacional, y en particular, de las organizaciones humanitarias. Si hasta mediados de los ochenta, las cuestiones humanitarias estaban casi íntegramente gestionadas a través de los Estados –quienes utilizaban la ayuda con una clara intencionalidad política-, el fin de la contienda bipolar alumbrará la llegada de un “**nuevo humanitarismo**”, una nueva manera de hacer frente a la pobreza, el hambre y las guerras que tendrá en las famosas ONG su principal estandarte y que se traducirá en un formidable incremento de los presupuestos y las actividades sobre el terreno. Este apogeo humanitarista se explica en parte por la creciente influencia de los medios de comunicación en las opiniones públicas y los gobiernos; el interés de los Estados en buscar un “mínimo común denominador” para sus respuestas; la dejación de estos últimos en sus responsabilidades respecto del Derecho Internacional Humanitario; la mayor visibilidad de la acción humanitaria frente a otras acciones como la cooperación para el desarrollo; las nuevas definiciones de seguridad global; o la puesta en marcha de nuevos mecanismos de gestión de crisis<sup>41</sup>.

### **El dilema humanitario en África**

África, junto con los Balcanes, representa, sin duda, uno de los principales escaparates de la acción humanitaria de la posguerra Fría. El extraordinario desembarco de organizaciones humanitarias (incluido las llamadas agencias de Naciones Unidas – ACNUR, UNICEF o PMA, son algunas-) en países como Sierra Leona, Liberia, Angola, Somalia, Uganda o Sudán, ha intentado mitigar los efectos provocados por la violencia de la guerra, mediante la asistencia a las poblaciones desplazadas o el suministro de ayuda alimentaria y de medicamentos.

Esta importante tarea no ha estado exenta de numerosas *dificultades* y *riesgos*, máxime si se tiene en cuenta que tanto la población civil como el personal humanitario se han convertido en objetivos intencionados de los actores enfrentados. Además, este nuevo marco ha conllevado cuantiosos *fracasos* (Rwanda o Somalia son los más sonados), la aparición de innumerables *dilemas* en el seno de las organizaciones humanitarias y la formulación de contundentes *críticas* hacia la labor humanitaria en África.

a.- **Humanitarismo y guerra.** Algunas voces han insistido en el hecho de que la ayuda humanitaria incluso ha entrado a formar parte de la dinámica del conflicto, y en ocasiones, ha contribuido a prolongar la violencia ya que muchos actores inmersos en la contienda han manipulado la ayuda en función de sus intereses. De este modo, la actuación humanitaria ha llegado a convertirse, casi siempre de forma involuntaria, en un apoyo económico y político, directo o indirecto, de los grupos dominantes que salen favorecidos con estas guerras, erigiéndose incluso en un elemento fundamental para la

llamada economía política de guerra. La manoseada 'neutralidad' de la que las organizaciones humanitarias suelen hacer bandera, no es más que un fetiche en un contexto, el de las "nuevas guerras", en el que ONG y agencias de Naciones Unidas han pasado a ser un actor más de la contienda.

b.- **Humanitarismo y política.** Otro de los aspectos más criticados de este "nuevo humanitarismo" ha sido la paulatina *politización* que los países donantes suelen hacer de la ayuda. En este sentido, los años noventa han presenciado un tipo de ayuda que, lejos de estar vinculada a criterios estrictamente de necesidad, ha pasado a ser el brazo político y económico de muchos Estados y la fuente indispensable de ingresos de la llamada "industria de la solidaridad". Aunque existe un núcleo importante de ONG que desarrollan una labor independiente e indispensable en estos contextos, el humanitarismo ha creado una raza de organizaciones que poco tienen de "no gubernamentales" al depender casi exclusivamente de los fondos dispensados por los países del Primer Mundo. Además, la llegada de este caudal a las poblaciones que sufren las embestidas de la violencia viene a menudo filtrada por la existencia de una serie de intereses políticos, económicos e incluso geoestratégicos, que aunque en ocasiones puede estar relacionado con el respeto de los derechos humanos o el fin de las hostilidades entre las partes enfrentadas, otras veces tiene que ver con la presencia de beneficios económicos.

c.- **Humanitarismo y militarización.** El humanitarismo del 'nuevo orden' en el continente africano se ha caracterizado también por la paulatina militarización de la ayuda. En este sentido, algunos países como Liberia, Somalia o Ruanda presenciaron la llegada de tropas bajo el paraguas de Naciones Unidas que abanderaban 'misiones humanitarias' y que tenían como principal objetivo la defensa militar de la ayuda y la protección del personal humanitario, pero que por el contrario tuvieron una participación militar activa e incluso de confrontación directa con los actores en guerra. De este modo, la clara divisoria entre el ámbito humanitario y militar ha ido difuminándose, sobre todo a ojos de los beligerantes, provocando serios perjuicios para las organizaciones humanitarias que han pasado a ser objeto de ataques y agresiones.

El complejo y extenso mundo del humanitarismo en África es, por tanto, un serio motivo de debate en el seno de la comunidad internacional. Aun siendo de vital importancia para la población civil, principal damnificada de los conflictos armados y de las catástrofes naturales, el desarrollo de la acción humanitaria también ha supuesto importantes perjuicios que a menudo han quedado disimulados por la imagen benevolente que de *per se* es otorgada a la ayuda internacional. Tal es así, que muchas voces críticas señalan la aparición de un *nuevo colonialismo* en el continente africano ejemplificado en la llamada "imagen de las 3 M", que integra las figuras del *mercader*, el *militar* y el *misionero*. Tres elementos del pasado colonial que hoy día quedan suplantados por la presencia de las *empresas transnacionales*, las *tropas multinacionales* y las *ONG*.

Pero si en algo se caracteriza la actuación de la comunidad internacional en el continente africano desde el final de la Guerra Fría es en la sucesión de fracasos cosechados. Si bien el genocidio rwandés es el más flagrante –recordemos, entre 800.000 y un millón de personas fueron masacradas en tan sólo cien días, mientras Naciones Unidas se retiraba del país; el papel estadounidense en Somalia; la participación directa (con violaciones masivas de los Derechos Humanos incluidas) de las fuerzas de contención del ECOMOG en Sierra Leona y Liberia; o la parsimoniosa

reacción de Naciones Unidas en Darfur (Sudán); también dan buena cuenta de las dinámicas internacionales. Lejos de fortalecerse con el paso de los años y de los errores, la actuación internacional en África se ha caracterizado en estos últimos tiempos por su imperante falta de recursos y medios, su lentitud (fruto de la malformación genética que sufre Naciones Unidas) y su reiterada torpeza.

### ¿Una nueva “Guerra Fría”?

Pero aparte del controvertido papel desempeñado en África por el conjunto de la comunidad internacional, no puede para nada obviarse la pugna encarnizada que mantienen hoy día **Francia** y **EEUU** por el control económico y político del continente. Si bien Washington trata de afianzarse con la complicidad de muchos regímenes locales y de convertir a África en una futura fuente de petróleo que le permita diversificar su dependencia del crudo procedente de la región de Oriente Medio (se estima que en pocos años África suministrará el 25% del petróleo a EEUU), Francia todavía intenta hacer prevalecer su influencia en muchos de los países de los que fue metrópoli, como es el caso de Costa de Marfil, donde actualmente tiene desplegados más de 5.000 efectivos militares supervisando el acuerdo de paz existente en el país –los cuales protagonizaron en 2004 un enfrentamiento directo con miembros de las FFAA marfileñas- y en cuya capital, Abiyán (sirva como dato para la desmitificación de algunos discursos), habitan más franceses que marfileños en París. En este sentido, ambos países no sólo defienden a ultranza una penetración económica sin contraprestaciones en muchos contextos africanos, sino que, en ocasiones, han respaldado y legitimado dictaduras o regímenes despóticos en función de sus intereses, como el ex Zaire de Mobutu o la Guinea Ecuatorial de Teodoro Obiang por parte de EEUU o Gabón, Chad, República Centroafricana y Djibouti por parte de Francia. A parte de la presencia en el continente africano de estos dos países, cabe destacar el determinante y crecientemente relevante papel que **China** está desempeñando no sólo en África, sino en el conjunto del planeta.

En definitiva, aunque no puede desmerecerse la importante labor humanitaria que muchas organizaciones e individuos han desempeñado en las últimas décadas en el continente africano, el balance de la actuación internacional en África no es para nada alentador, por lo que merece ser sometido a una profunda revisión y debate que tenga en cuenta los efectos perniciosos de una ayuda que responde más a intereses occidentales que al originario imperativo humanitarista de ‘salvar vidas’.

## **5.- CONCLUSIONES**

---

Estas páginas han pretendido mostrar sólo uno de los aspectos que atañen al continente africano: el de los conflictos armados, sus dinámicas, sus protagonistas y sus causas. Un fenómeno que acostumbra a ser la única visión que desde los medios de comunicación se nos ofrece de esta parte del planeta. Pero qué duda cabe que África es mucho más que las situaciones de violencia, que las catástrofes naturales o que la corrupción de algunos de sus líderes. Existe una extensa literatura que aborda la riqueza cultural de las sociedades africanas, sus costumbres, su manera de reaccionar ante las adversidades, su pluralidad y su sabiduría, que confirman su carácter de cuna del mundo, de origen de la historia humana. Sin embargo, África está condenada a otra lacra igual de perniciosa que la colonización, que la violencia de las guerras o que el expolio de su riqueza natural: *la invisibilidad a ojos del mundo de un continente vivo, que se mueve y que reacciona ante los colosales obstáculos interpuestos por la historia*. Una invisibilidad que también está presente al abordar los escenarios de conflicto armado en el continente.

**a.- La sociedad invisible.** El análisis de las guerras africanas suele presentarnos a las sociedades africanas afectadas por las guerras como entes pasivos, incapaces de rebelarse ante las adversidades, dependientes de la mano caritativa de Occidente, sedientas de la presencia internacional que ayudará a restituir la situación. Lejos de esta falseada realidad, la población civil africana suele reaccionar con contundencia ante una crisis, creando redes de solidaridad y apoyo, recurriendo a estrategias de supervivencia alternativas, estableciendo sistemas de organización paralelos, e incluso posicionándose y tomando parte activa del conflicto armado. La nula difusión de esta fotografía contribuye, sin duda, a la imposibilidad de convertir a África y sus gentes en sujetos activos y protagonistas directos de su historia.

**b.- Las responsabilidades invisibles.** El papel de las empresas transnacionales, de las potencias occidentales, de los medios de comunicación, de las organizaciones intergubernamentales o de los grupos criminales internacionales queda a menudo oculto a la hora de establecer responsabilidades en el análisis de los conflictos armados africanos. Aunque no puede obviarse la función determinante que desempeñan determinadas elites políticas y económicas, que como se ha analizado a lo largo del cuaderno pretenden convertir la guerra y el desorden político en un *modus vivendi*, suele establecerse un régimen de impunidad en torno a la figura de los actores externos. No obstante, muchos de los conflictos actuales que se desarrollan en el África negra, así como algunas situaciones de injusticia y sufrimiento, son alentadas por sectores ajenos a la contienda, pero que tienen mucho a ganar con la perpetuación de la violencia.

**c.- La paz invisible.** La perenne visión de este continente como lugar fatalmente entregado a la violencia y al drama humanitario ha segado de cuajo la existencia de otra realidad: *África es igualmente una tierra donde brotan de forma constante iniciativas de paz, de conciliación y de diálogo*. La prueba certera de este hecho es que en 2005 existían más de una decena de procesos de paz abiertos en el continente, algunos de los cuales correspondían a conflictos considerados como no resueltos<sup>42</sup>. En Costa de Marfil,

Sudán, Burundi, Congo-Brazzaville, RD Congo, Somalia, Angola o Nigeria, la diplomacia de Naciones Unidas junto con la cada vez más activa diplomacia de los organismos regionales o subregionales (SADC, IGAD o ECOWAS) y, en algunas ocasiones, las organizaciones de la sociedad civil, tratan diariamente de echar leña a “la locomotora de la paz”. La marginalidad en la que sobreviven todos estos procesos no sólo diluye el esfuerzo de numerosos organismos y personas, sino que además evita que se destinen más recursos para el sustento de tan primordiales iniciativas.

**d.- Las “otras guerras” invisibles.** Si en el año 2004 unos 300.000 africanos murieron como consecuencia directa de la guerra, en ese mismo año, la pandemia del VIH/SIDA y la malaria, dejaron un reguero de tres millones de víctimas mortales, una cifra diez veces superior. Y es que más de 25 millones de personas están infectadas por el virus del sida en el continente (un 60% sobre el total de los casos, a pesar de representar sólo el 10% de la población mundial), de las que casi dos millones y medio fallecen anualmente. Países como Zimbabwe, Swazilandia, Zambia, Botswana, Malawi o Mozambique también lidian una guerra diaria contra esta peste, que en la mayoría de estos países ha reducido drásticamente y espectacularmente la esperanza de vida –situándose en algunos casos por debajo de los 40 años- y ha convertido a millones de menores en huérfanos. En este sentido, ONUSIDA estima que más de 25 millones de personas, en su mayoría africanos, morirán en los próximos años como consecuencia de esta enfermedad. La escasa voluntad política, los intereses comerciales y económicos de las grandes farmacéuticas y la inexistencia de una política de prevención y sensibilización contundente son los factores que están posibilitando este genocidio silencioso que diariamente, y según Naciones Unidas, acaba con la vida de más de 6.000 africanos.

### **África desde África**

Muchos han sido los aspectos abordados a lo largo de estas páginas en relación con los conflictos armados en África Subsahariana. Muchas son igualmente las preguntas e interrogantes que se despiertan tras el análisis de este fenómeno, especialmente los que tienen que ver con las iniciativas de paz o bien con el controvertido trabajo de la comunidad internacional e incluso de los medios de comunicación, aspectos todos ellos que pueden ser tratados con mayor profundidad en futuras publicaciones de esta colección.

Así las cosas, el presente cuaderno ha pretendido subrayar varios elementos que a continuación se destacan a modo de conclusión: 1) Los conflictos armados africanos son extraordinariamente complejos y multicausales, por lo que cualquier análisis debe huir de simplificaciones o estereotipadas visiones; 2) Las guerras africanas contemporáneas deben entenderse a partir de la existencia de una “red o telaraña de actores” con intereses determinados en la lógica del conflicto; 3) Cualquier planteamiento de resolución pasa por un análisis y comprensión profundo y detallado que tenga en cuenta la importancia de esta dinámica interna-global; y 4) Es imprescindible en todo este ejercicio la escucha activa de las voces y opiniones procedentes del propio continente, que aún siendo frecuentemente obviadas, también tratan de dar respuesta a los interrogantes de su Historia. Tener en cuenta estas premisas puede ayudar, por lo tanto, a aproximarnos a un continente tan extraordinario y desbordante como diezmado y maltratado por la Historia.

## NOTAS

---

<sup>1</sup> Nótese que al referirnos a África Subsahariana se hablará del África negra, es decir, de las naciones al sur del desierto del Sáhara.

<sup>2</sup> Véase Kaplan, R., *The Coming Anarchy*, en *The Atlantic Monthly*, febrero 1994; o Huntington, Samuel, *The Clash of Civilizations and the Remaking of the World Order*, Simon&Schuster, 1998.

<sup>3</sup> Chabal, Patrick y Daloz, Jean-Pascal, *África Camina, El desorden como instrumento político*, Edicions Bellaterra, 2000.

<sup>4</sup> Cortés López, José Luís, *Historia contemporánea de África. Desde 1940 hasta nuestros días. De Nkrumah a Mandela*, Editorial Mundo Negro, Madrid, 2001.

<sup>5</sup> Ndong-Bidyogo, Donato, “Conflictos en África”, en VV.AA, *El África que viene*, Intermón, Barcelona, 1999

<sup>6</sup> Cortés López, José Luís, *Íbidem*.

<sup>7</sup> Artículos 1 y 5. Versión completa de la Carta de las Naciones Unidas en: <http://www.un.org/spanish/aboutun/charter/>

<sup>8</sup> Campos Serrano, Alicia, “La aparición de los estados africanos en el sistema internacional: la descolonización de África”, en Peñas, Francisco Javier (ed.), *África en el sistema internacional*, La Catarata, Madrid, 2000, págs.: 12-50

<sup>9</sup> *Íbidem*.

<sup>10</sup> En Huband, Mark, *África después de la Guerra Fría. Las promesas de un continente roto*, Paidós, Barcelona, 2001.

<sup>11</sup> *Íbidem*.

<sup>12</sup> *Íbidem*.

<sup>13</sup> Peñas Esteban, Francisco Javier, “Diplomacia humanitaria, protectorados y política de cañoneras: África Subsahariana, estatalidad, soberanía y tutela internacional”, en Peñas, Francisco Javier (ed.), *África en el sistema internacional*, La Catarata, Madrid, 2000, págs.: 51-83.

<sup>14</sup> *Íbidem*.

<sup>15</sup> Cabe señalar que aunque en un inicio algunos de estos países lograron iniciar procesos democráticos e incluso poner fin a algunas situaciones de conflicto armado, como fueron los casos de Mozambique y Sudáfrica, los años posteriores también verían detonar escenarios de enfrentamiento bélico en contextos que inicialmente habían iniciado un proceso democrático, como la República Centroafricana (2002-2004), Congo (1993-2003) o Guinea-Bissau (1999-2002).

<sup>16</sup> Rodríguez-Piñero Royo, Luís, “Del partido único al ‘buen gobierno’: el contexto internacional de los procesos de democratización en el África Subsahariana después de la Guerra Fría”, en Peñas, Francisco Javier (ed.), *África en el sistema internacional*, La Catarata, Madrid, 2000, págs.: 209-264.

<sup>17</sup> Ruiz-Giménez Arrieta, Itziar, “El colapso del Estado postcolonial en la década de los noventa, La participación internacional” en Peñas, Francisco Javier (ed.), *África en el sistema internacional*, La Catarata, Madrid, 2000, págs.: 165-207.

<sup>18</sup> *Íbidem*.

<sup>19</sup> Como en el caso de hutus y tutsis en la región de los Grandes Lagos o en Somalia.

<sup>20</sup> Iniesta, Ferran, citado en Ruiz-Giménez Arrieta, Itziar, *Íbidem*.

<sup>21</sup> Kaldor, Mary, *Las nuevas guerras. Violencia organizada en la era global*, Tusquets, Barcelona, 2001.

<sup>22</sup> Escola de Cultura de Pau, *Barómetro 9 sobre conflictos, derechos humanos y construcción de paz*, Barcelona, octubre 2005.

<sup>23</sup> Excluyendo, por lo tanto, el que tiene lugar en Argelia, perteneciente a la llamada región del Magreb o Norte de África.

<sup>24</sup> Sudán se compone de población negroafricana y árabe.

---

<sup>25</sup> Escola de Cultura de Pau, *Alerta 2005! Informe sobre conflictos, derechos humanos y construcción de paz*, Icaria, Barcelona, 2005.

<sup>26</sup> Charles Taylor también está actualmente imputado por el Tribunal Especial de Sierra Leona por cometer crímenes de guerra.

<sup>27</sup> La resolución definitiva de este conflicto continúa estancada, al igual que la de otros contextos de conflictividad africana que por motivos de extensión no es posible abordar.

<sup>28</sup> Duffield, Mark, *Las nuevas guerras en el mundo global. La convergencia entre desarrollo y seguridad*, La Catarata, 2004.

<sup>29</sup> Sirva como dato a tener en cuenta: si en la Primera Guerra Mundial se estimaba que nueve de cada diez muertos en un conflicto eran miembros de las fuerzas militares que se enfrentaban, esa cifra se ha invertido totalmente tras el fin de la Guerra Fría, ya que actualmente, el 90% de las víctimas de una guerra son población civil.

<sup>30</sup> Véase Castel, Antoni, “Les noves guerres a l’Àfrica: interessos i ingerències” en Universitat Internacional de la Pau, *Àfrica: camins de pau*, XIX edició de la UIP, Sant Cugat del Vallès, julio, 2004, págs.: 109-112.

<sup>31</sup> Autores como Henfrid Münkler han llegado incluso a afirmar que “en el África negra está extendida la opinión de que un solo mercenario de Executive Outcomes vale tanto como toda una compañía de soldados autóctonos”, en Münkler, Herfried, *Viejas y nuevas guerras. Asimetría y privatización de la violencia*, Siglo XXI, 2005.

<sup>32</sup> Fisas, Vicenç, *Cultura de Paz y gestión de conflictos*, Icaria, Barcelona, 1999.

<sup>33</sup> Duffield, Mark, *Íbidem*.

<sup>34</sup> Huntington, Samuel, *Íbidem*.

<sup>35</sup> Ruíz-Giménez Arrieta, Itziar, “Los conflictos armados contemporáneos del África Subsahariana”, en Universitat Internacional de la Pau, *Àfrica: camins de pau*, XIX edició de la UIP, Sant Cugat del Vallès, julio, 2004, págs.: 103-107.

<sup>36</sup> Véase también Collier, Paul, *Economic causes of civil conflict and their implications for policy*, World Bank, 2000.

<sup>37</sup> Renner, Michael, *The Anatomy of Resource War*, Worldwatch Paper 162, Worldwatch Institute, 2002.

<sup>38</sup> En Renner, Michael, *Íbidem*.

<sup>39</sup> Ruíz-Giménez Arrieta Itziar, *Íbidem*.

<sup>40</sup> Duffield, Mark, *Íbidem*.

<sup>41</sup> Roberts, Adam, “El papel de las cuestiones humanitarias en la política internacional en los años noventa”, en UEH *Los desafíos de la acción humanitaria*, Icaria, 1999, Barcelona, pp. 31-70.

<sup>42</sup> Escuela de Cultura de Paz, *Barómetro 9*, *Íbidem*.